

EL CONCIERTO

No sabía qué hora era, ni dónde me encontraba. La luz, que penetraba por la entreabierta ventana, me hizo cerrar los ojos en un movimiento reflejo, incapaz de soportar el brillo de los rayos de sol.

Me sentía observado por un grupo de personas que, ataviadas con batas y gorros, rodeaban la cama. Al principio no reaccionaron, no sabían si era prudente hablar o seguir examinándome, como lo habían hecho durante los últimos años. Al principio únicamente movía los ojos, de un lado para otro, de izquierda a derecha, de arriba abajo. No reconocía a nadie, ni sabía qué hacía en ese lugar. Mi memoria estaba en desuso, bloqueada, no recordaba nada, y mientras trataba con la mirada de sonsacar alguna palabra a mis atónitos espectadores, empecé súbitamente a recordar.

El concierto había terminado y mi postración en la habitación del centro hospitalario me llevó a pensar que algún desgraciado accidente me trajo hasta aquí. Los observadores, que tenían que ser médicos por la vestimenta que llevaban, seguían sin pronunciar palabra, atentos a las señales de los monitores.

Quería preguntarles por los motivos de mi abatimiento; en realidad hacía unas horas que cesaron de cantar y tocar, y con la plaza llena de entregados fans, repitieron una y otra vez sus canciones, hasta que súbitamente se produjo una avalancha. Una multitud de jóvenes salieron de todos lados, corriendo en busca de la salida. Pisoteados, magullados, malheridos, aparecieron por doquier. Yo creo que tuve suerte, y aunque con el cuerpo dolorido, sería cuestión de horas que después de un examen médico rutinario, pudiese salir para contar a todo el mundo de la suerte que tuve al haber presenciado un concierto único e irrepetible de los Beatles.

Me lo habían advertido. A la autoridad competente no le hizo gracia la presencia de unos melenudos que dando voces y fumando porros, formaban un estrepitoso ruido con sus electrizantes guitarras. La carga policial fue desproporcionada, la gente corría despavorida, huyendo de los gases lacrimógenos, de los mangueras de agua a presión y de los palos que sin ton ni son se repartían, mientras que yo no paraba de repetir, ye, ye, ye, yeee...

Por fin, ya puedo hablar y moverme. Los pies, que casi no los sentía, y las manos, iniciaron una lenta rehabilitación. Ahora lo importante era abandonar la habitación. Les dije que me dieran mi ropa, que tenía que ir a casa, al barrio. Pedí la entrada del concierto, por nada del mundo quería perderla. Era la prueba irrefutable de mi testimonio. Los colegas me están esperando para que les cuente la experiencia, y si no tengo la entrada no me harán caso. Dirán que soy un embustero, cuentista y fantasioso.

Me dijeron que eso fue hace muchos años, que los Beatles habían desaparecido, incluso muerto algunos de sus miembros. Pensé que se trataba de una broma. Si ayer mismo estuve dando saltos al ritmo de su música, cantando sus canciones, bebiendo whisky de garrafa y calimochos. Con veinte años la noche era corta, pasaba como una exhalación, sin tiempo para pensar, todo era divertimento y jarana.

No podía dar crédito a los comentarios. Uno de los doctores, serio y con cara de pocos amigos, llegó a decirme que ahora lo que tenía que hacer era tomarme la vida con tranquilidad, y sin sobresaltos, y aprovechar esta segunda oportunidad.

Seguía sin comprender nada, cómo iba a tener una segunda oportunidad con veinte años. Si me encuentro bien, si nada me ha pasado. ¡Oh Dios mío! cómo suena el *yesterday* y el *let it be*... venga, cantad conmigo, escuchad la guitarra rítmica, la acústica y la batería.

Pero qué ocurre, por qué no me decís nada. ¡Que han pasado cincuenta años! Cincuenta años de qué. Del concierto, me dijeron en coro, sin que nadie quisiera asumir la responsabilidad de darme la noticia. Entonces, ¿quién soy? Pero si tengo ahí, debajo de ese macuto un disco de vinilo que compré antes del concierto. Buscad un tocadiscos y ponedlo. No miento, tengo veinte años y el eco de la música retumba en mis oídos.

No me digáis lo que tengo o debo de hacer. ¡Sois una pandilla de incompetentes! grité. Ya empiezo a comprender: es una broma la que me estáis gastando. Todo es envidia, pura y cochina envidia. Ahora caigo. Lo que ha ocurrido es que os habéis quedado sin entradas y queréis que os cuente todo lo que ha pasado, de la gente que había, fotógrafos con cámaras y flashes, muchos flashes, haciendo cientos, miles de fotografías. También había gente importante, en primera fila, para no perder detalle. Yo estaba en el segundo anfiteatro, la visión era perfecta, aunque de vez en cuando, el gentío con sus saltos y algarabías me hacía perder el equilibrio.

Pues sabéis lo que os digo, que no os voy a contar nada, que si queréis escuchar su música, comprad los discos, y con un tocadiscos iros de guateque. Podréis bailar, sueltos y agarrados, pero no podréis saber qué se siente cuando los oídos empiezan a ordenar las notas musicales y las palabras en inglés, que sin entender lo que dicen transportan mi imaginación hasta lugares recónditos.

¡Dejadme sólo! ¡dejadme descansar! Poned la música alta, para que todo el mundo la escuche. ¡Cincuenta años, vamos, pero si fue ayer!